

HERNAN POBLETE VARAS:

“Cuentos de Cabecera”

por ALBERTO ARRAÑO, S.J.

Los cultores del cuento y de la poesía en Chile han sido beneficiados dentro de la faena literaria porque nunca les han faltado comentaristas y estudiosos que se hayan preocupado de ellos. Dejando de lado, ahora, la nómina de quienes han sido atraídos por el análisis del trabajo lírico, citemos como al desgaire algunos cuantos escritores que se han interesado por el examen y registro de nuestros cuentistas: Guillermo Blanco y Patricio Asenjo, Luis E. Délano, Armando Donoso, Nicomedes Guzmán, Enrique Lafourcade, Mariano Latorre, Yerko Moretic, Raúl Silva Castro, Miguel Serrano, todos autores de libros y de antologías en que han vertido sus estudios acerca de esta especie de creadores.

A la labor analítica de los ensayistas señalados han de añadirse un número extraordinario de la revista “Atenea”, en 1948, con colaboraciones originales y esquemáticas sobre la misma materia, y un volumen en edición doble —especial y económica— dispuesto por el Instituto de Literatura Chilena en que aborda concienzudamente idéntico asunto.

De ahí, entonces, que consideremos a nuestros narradores como hombres afortunados, pues han concitado sobre sí la preocupación de otros colegas que los han examinado desde diversos ángulos.

Ahora nos encontramos con una selección de nuevo cuño: “Cuentos de Cabecera” (Zig-Zag); nuevo no en el sentido de que contenga composiciones distintas a las anteriores sino en el sistema usado para disponer su repertorio.

Es el caso que un día el escritor Hernán Poblete Varas se propuso echar su cuarto a espadas en el terreno de que vamos hablando y quiso coleccionar relatos para el público lector entre aquellos que él creía de interés.

Antes de emprender su tarea

pensó que su opinión podía no ser la misma de quienes lo leyeran, ya que su apreciación era del todo personal y subjetiva. ¿Cómo se las ingenió para ampliar su parecer y agradar a un mayor número de clientes? Confrontó el dictamen de sus compañeros de faena. Con este fin envió una carta a varios catadores de nuestras letras, solicitando de ellos le señalaran los cinco cuentos chilenos más amenos y entretenidos, leídos en lo que va de sus vidas. Nueve contestaron a su consulta y sobre la base de esas respuestas y conforme el juicio personal del compilador, se editó esta selección.

Conviene conocer la nómina de los autores que respaldan la presente antología: Hernán Díaz Arrieta (Aloné), Raúl Silva Castro, Luis Sánchez Latorre, José Miguel Ibáñez, Luis Droguett, Eliana Navarro, Roque Esteban Scarpa y Hugo Montes, todos de firme y segura talla en el campo de las letras.

En muchos casos estos críticos corroboraron el mérito de composiciones aparecidas en anteriores antologías; era natural. Los otros coleccionadores no podían andar muy lejos del gusto general en asunto tan común. De ahí que veamos insertas aquí piezas como “El Padre”, de O. Lazo; “Afueros”, de L. Durand; “La Señora”, de F. Gana; “Cañuela y Petaca”, de B. Lillo, y otras de la misma estirpe, indudables clásicos del cuento chileno.

En el grupo notamos la ausencia de dos autores consagrados, notables entre nosotros por su casticismo y chilenidad: Mariano Latorre y Eduardo Barrios. La obra del primero constituye una amplia geografía descriptiva de nuestro territorio, pues sus personajes van desde el labriego que riega con sus sudores la negra tierra del valle central hasta los rústicos que laboran a la orilla del mar o entre los contrafuertes cordilleranos. De Barrios bien pu-

do incluirse “Antipatía” o “Santo Remedio”, que calzan perfectamente con el carácter de “amenidad” de que quiso revestirse el contenido del volumen. ¿Qué pasó? Simplemente que entre los escritores consultados no pesaron entonces los valores que aureolan a este binomio de prosistas.

Si ante alguno de los antologados quisiéramos detenernos será ante Oscar Castro. De él se ha escogido “Callejón de los gansos”, relato donde se da vida a un camino, narrándose los pormenores que ocurren a lo largo de su trayecto. Personalmente hubiéramos preferido para estas páginas “El último disparo del negro Chávez” o “Lucero”, relaciones de más consistencia. Queremos destacarlo porque a su temple de cuentista unió su fina condición de lírico, que no olvidó en ninguno de sus escritos. Nació en el campo y vivió y murió en su medio; no claudicó de la tierra; ella le dio, sin pretenderlo, las imágenes más lindas y gráciles, del todo novedosas, con que adornó su verso y en muchas ocasiones su prosa, purificando más de una vez la cruda urdimbre de su desarrollo.

En su trabajo poético se distinguen sus romances, donde las metáforas vuelan ingravídas, risueñas, transparentes, y su “glosario gongorino”, sonetos perfectos, compuestos a la manera de aquellos otros que trazó con gracia alada su inspirador, el clérigo español y gran señor de las letras que fue don Luis de Góngora y Argote.

Este manejo de “Cuentos de cabecera” que debemos a Hernán Poblete confirma los títulos de excelencia que él ha venido cosechando en el campo de las letras nacionales, donde es aceptado no sólo como crítico ameno y sutil, sino también como cuentista. El conocer por dentro la técnica de la composición del relato le ha servido sin duda para combinar esta selección donosa y feliz.